

THE PLEASURES OF ANTROPOLOGY

Morros Freilich (ed), A Mentor Book, New York, 1983.

THE PLEASURES OF SOCIOLOGY

Lewis A. Coser (ed), A Mentor Book, New York, 1980.

Estas dos obras quieren entretener, jugar, dar cita al sensualismo intelectual. El pensamiento como forma lúdica: ésta es la intención; las ciencias sociales como vehículos superiores de des-encanto, de rompimiento con los mitos: éste es el contenido. Escritos y organizados en fechas diferentes, estos textos se complementan como dos triángulos de noventa grados. Crean, sin encuadres teóricos ambiciosos, la simetría severa del cuadrado. Constituyen, en fin, partículas elementales para quien pretenda comprender y animar los giros de la sociedad contemporánea.

Espigaré entre los cincuenta artículos que aparecen en estas colecciones. Freilich trae a Carneiro, antropólogo que intentó dilucidar, desde su perspectiva profesional, el origen del Estado. ¿Se trata de una creación natural y orgánica (Aristóteles)? ¿O es el producto de un genio trascendente que toma el ropaje del Espíritu Absoluto (Hegel)? ¿Es un contrato intencional (Rousseau) o es un dictado de estructuras humanas (Gordon Childe)? ¿Cuál es el lugar que merece el "imperativo hidráulico" (Wittfogel)? ¿Y por qué las guerras suelen apuntalar al Estado (Oppenheimer)? Carneiro explora estas preguntas y concluye que "factores ambientales" (recursos disponibles, excedentes, balance ecológico) tienen mayor potencial explicativo que las teorías propuestas.

Otro ensayo efervescente aporta Geertz. Aborda los métodos y las trampas del trabajo de campo. Geertz sabe, como ya lo adivinó Westermarck, que toda entrevista produce tedio después de su umbral óptimo, pero hay que emplearla. Luego de profere algunos adjetivos no muy amables a Malinovski (p. 59), Geertz se detiene en las dificultades epistemológicas del trabajo de campo: ¿Cómo entender al "otro"? ¿Cuáles son los límites de la empatía? ¿Es posible liberarse absolutamente del etnocentrismo cultural? Porque "lo que es filosofía en Java es teatro en Bali" (p. 65). Entonces, ¿Cómo retratar y evaluar las distancias "antropométricas"? Por añadidura, el lenguaje es un modo de reflexionar y no sólo una acumulación de voces (p. 71). A pesar de estas dificultades, sólo la estancia de y en el campo permite reconstruir mundos simbólicos. Para consolar a Geertz: estas dificultades también las encara un crítico literario cuando pretende descifrar el orbe secreto de un poeta.

Mary Douglas alude a un tema que ya no es una extravagante y necesaria vulgaridad: la comida. Es ésta una estructura refinada y en modo alguno un accidente biológico ¿Cuándo se come? ¿Con quién? ¿Cuándo *en verdad* concluye un “encuentro digestivo”? Además: el color, la textura, el gusto, la temperatura y el olor de los platos están presididos por una lógica social recóndita pero descifrable (pp. 97-98).

Wittgenstein tenía razón: “los límites de mi lenguaje son los límites de mi pensamiento”. Sin embargo, la antropología demuestra que es posible aprender otros lenguajes y que otros mundos constantemente nos observan. Así, Kockman analiza el idioma de los negros alojados en un guetto de la gran urbe. El gruñido, la oscilación de manos y ojos, el deliberado desliz sintáctico: todo ello comporta un antilenguaje básico de la comunicación en ese entorno (p. 120 ss). De manera semejante, Rubington y Lithman prueban, en sendos trabajos, que los borrachos no sólo poseen un idioma propio: constituyen una subcultura dotada de criterios específicos de estratificación y tolerancia; la intoxicación alcohólica impone modalidades para compartir gustos y disgustos (p. 136 ss).

Patricia Spacks estudia el chisme. Como se sabe, Kierkegaard, antes de Freud, y Heidegger después y a pesar de los hallazgos de Freud, condenaron el chiste y el chisme como “actos vulgares”, signos de la fragilidad humana. Spacks fustiga estas actuaciones revelando los encantos y hasta el humanismo del chisme burlón (p. 170). Freilich y Coser añaden que el sexo mismo es un tema riquísimo de la antropología cultura. No se detienen en las inclinaciones conocidas de la endogamia y la exogamia y le dejan a Freud sus señalamientos clásicos. Más bien se concentran en las normas semipúblicas (y semipúdicas) del sexo: ¿Cómo los actores adivinan intenciones? ¿Con qué medios hombres y mujeres deslindan entre “presas fáciles” y “retos inalcanzables”? ¿Quién *debe* “cuidarse” (p. 188) conforme a cada cultura? ¿Cuándo es permisible difundir lo que ocurrió en la intimidad? ¿Quién determina la variedad -y la satisfacción- de las “posiciones” (p.190)?

Kluckhohn y Kelly proponen un diálogo interdisciplinario -casi socrático- sobre la cultura. Es un *tour de force* en que se enfrentan perspectivas desiguales. Los autores pretenden demostrar que estas desigualdades son -también- el producto de una cultura específica. En un pasaje brillante ellos asientan que la “normalidad” depende de la memoria (p. 248); ésta sostiene y reconstruye al ego.

Max Scheler dijo alguna vez que la fantasía es infinita y que merced a esa infinitud la vida - y la razón - es posible. Dredge va por esta senda al indagar cuáles son las capas conocidas y clandestinas del acto de fumar (p. 277 ss.). Es claramente un símbolo de poder y una forma de acelerar la edad biológica. Es también una transición ritual hacia la muerte, al menos en algunas criaturas (recuérdese a Sartre en agonía, que reclama el último cigarrillo).

Este volumen es rico: sin disputa. Pero adolece de ausencias. Mencionaré algunas: los autores traen datos, percepciones sutiles, hallazgos inesperados; sin embargo, falta un principio de codificación teórica que, sin pretensiones descalabradas, organice este material. Por otra parte, es curioso que la propia ciencia - con rituales, antilenguajes y particular estratificación - no haya suscitado el interés del compilador. Y en

fin: las antropologías del subdesarrollo están ausentes. Por ejemplo: ¿Cómo se verifican en este contexto crímenes rituales? ¿Cuál es la dinámica de los mitos que pretenden congelar el tiempo? ¿Qué sostiene - y tumba - sociedades segmentadas?

A pesar de estos vacíos, el antropólogo audaz encontrará aquí un convite y un desafío.

La colección de Coser también fascina. Con su característica ironía, el editor señala que "cada disciplina cultiva sus propios desatinos" (p. X). En pieza conocida, Lazarsfeld establece que la sociología no es la codificación de lo obvio; al contrario: es una amenaza al sentido común. Wrong añade con acierto que "la naturaleza humana" es una cómoda ficción; admite múltiples caracterizaciones. Levi Strauss obsequia a Mauss con algunas variaciones en torno a la reciprocidad (p. 69), incluyendo intercambios asimétricos tolerados por la cultura.

Rose Coser se deleita - y nos entretiene - con sus graves especulaciones sobre la risa. Para la autora, la broma es un vehículo precioso que acorta distancias sociométricas (p. 82), incluso en instituciones "totales". También es un antídoto contra la ansiedad. Es de lamentar que esta socióloga no haya señalado aquí que el chiste y la mofa pueden debilitar - y hasta resistir - regímenes autoritarios, constituyéndose en efectivos instrumentos de subversión social. Todavía los sociólogos deben recurrir a Erasmo para captar que la ironía puede destruir y reconstruir mundos.

Goffman no podía faltar en estas lecturas. Dejó una herencia intelectual acaso inagotable y -acaso- sin saberlo en sus pormenores; herencia que algún día será epicentro de un huracán paradigmático. Su artículo se refiere a los trucos que inventamos para combatir la lacerante sensación de fracaso. El ego se defiende de mil maneras contra el estigma propio y contra el que dimana de "los otros". Y hasta encuentra consuelo al internalizar que "el éxito entraña el fracaso" (p. 102). Aún el odio puede aceptarse con inteligencia (p. 106). Goffman toca un tema sin elaborarlo: la corrupción como una modalidad de intercambio social (p. 110). Lástima.

Th. Caplow encuentra un método original de probar las ideas de Simmel sobre la triada: Hamlet. "En el mundo de tres" se presentan problemas tácticos, alianzas dinámicas, traiciones, y hasta soledades compartidas (p. 145). Pero la pieza de Caplow más encandila que convence.

El compilador hace un breve homenaje a dos clásicos: Cooley ("Los grupos primarios") y Tonnies ("Comunidad y sociedad"). Pero abre cauce a nuevos autores. Por ejemplo, Melbiñ propone un análisis fascinante de "la noche como frontera" (p. 172 ss.). Aquí el tiempo se conjuga con el espacio para parir nuevas configuraciones sociales. ¿Es la violencia un "acto nocturno"? ¿Sólo en la noche el amor y la violencia tienen lugar? ¿Es la noche "otra dimensión", como bien saben los bohemios? Acaso Melbin exagera, en particular cuando crea lazos entre su hallazgo (p. 121) y la percepción de Turner sobre la "frontera" como eje de la historia norteamericana. Son dos planos de análisis absolutamente distanciados. Sin embargo, los temas de la noche merecen indagaciones transparentes.

Simmel tampoco podía faltar a esta cita de ideas. Contribuye con su especulación sobre "el extraño" que "aparece hoy y se queda mañana" (p. 235). El forastero es una criatura misteriosa, que a la vez cautiva y repele. Acaso sin saberlo de Sirimae, el escritor suizo Max Frisch, en *Montauk*, alude a la atracción sexual que los extraños suscitan precisamente por la esperada brevedad del encuentro.

Park menciona asuntos conocidos sobre "el marginado" (p. 241 ss), pero Klapp descubre una veta: la sociología del bufón. A él se le permite la irresponsabilidad, la crítica, la burla social. Pero sus presuntas estupideces pueden conmovir sólidas estructuras (p. 248 ss). Lyman explora al "glotón" que cultiva los límites sensuales de todo platillo; a veces atrae (p. 259) y a veces escandaliza (p. 261). Si "sublima" su apetito puede cambiar normas vigentes. Coser toca al "eunuco político", repasa sus papeles en el contexto de "sociedades voraces", y muestra que puede sobrevivir e incluso ser festejado pues no pone en peligro - aparentemente - el orden social (p. 310 ss).

A continuación el compilador vuelve a rendir tributo a creadores conocidos: Saint Simon ("¿Quién es útil en la sociedad?"), a Marx ("La alienación"), a Fourier ("La explotación"), y a Veblen ("La imitación pecuniaria"). Este recuento concluye con un ensayo encantador de Denis Diderot.

Como en la obra anterior, el sexo también aquí aparece. Foote Whyte pondera el código sexual del suburbio y la importancia que la conservación (p. 409) tiene en las cópulas que ocurren en entornos brutalizados por la miseria. Daniel Bell emite alguna novedad sobre la estratificación del mundo de los criminales (p. 417 ss). En fin, Riesman propone añadir a la "guerra fría" otro elemento: la insistencia constante en el superior nivel de consumo de los norteamericanos para sacar ventaja de "la privación relativa" de los rusos en este renglón.

Coser añade una lista bibliográfica útil para los que quieran bucear algún tema. ¿Qué falta?

Sin duda, las variaciones casi infinitas de las sociologías del subdesarrollo. Y no me refiero sólo a las expresiones que con harta frecuencia se ponen en relieve: la dominación, las élites, las luchas de clases, los intelectuales como "lumpenburguesía". Pienso también en asuntos que todavía esperan el escrutinio sociológico. El tango, por ejemplo. Borges dijo sobre este punto, con su ironía que desarma a los impacientes, algunas cosas buenas pero desconectadas entre sí. Ahora hay que sistematizarlas añadiendo nuevos motivos. Porque el tango es una de las expresiones dinámicas del contacto, de la sutileza, del alejamiento deliberado, de la crueldad inconfesable, del encono pacificado: caracteres microsociales de nuestro aplastante subdesarrollo.

Joseph Hodara
El Colegio de México